

EL AULA SOCRÁTICA COMO PRÁCTICA FILOSÓFICA: ENSEÑAR A LA LUZ DEL PREGUNTAR FILOSÓFICO

María Victoria del Carmen Salomón

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

 ORCID ID <https://orcid.org/0009-0000-8282-6081>

Introducción

¿Enseñar filosofía o enseñar a filosofar? Es claro que no podemos descartar ninguna de las opciones. Sin embargo, en nuestros días, permanece vigente la tendencia a una sola de las aristas: enseñar filosofía como un simple contenido. Aunque parezca contradictorio, ante dicho problema resulta innovador recurrir a una práctica filosófica originaria. En el Sócrates de ayer encontramos respuestas a la problemática de hoy. A través del preguntar y del diálogo (*diá-légein*) con los demás, es posible hacer experiencia de la filosofía de manera auténtica: recorrer el camino en busca de respuestas no impuestas, sino por descubrir. Ser protagonistas del ejercicio filosófico. En este trabajo se propone registrar la experiencia de un taller que realicé en las V Jornadas de Didáctica de la Filosofía y I de Prácticas Filosóficas “Entre saberes, prácticas y experiencias” el 10, 11 y 12 de octubre de 2023 en Mendoza, Argentina. En aquella oportunidad expliqué una metodología

que ha renovado las prácticas filosóficas tanto en las aulas como en espacios no académicos: el aula socrática. Tal práctica resulta innovadora y adecuada para brindar una solución a las problemáticas educativas que atravesamos quienes nos dedicamos a la enseñanza de la filosofía en nuestros días. En la presente exposición, desarrollaremos la fundamentación de los círculos socráticos y explicaremos el método para llevarlo a la praxis en el encuentro con todos aquellos que, como dice Aristóteles en *Metafísica* I,1, “por naturaleza desean saber”.

¿Qué papel juegan nuestras prácticas en la educación?

La enseñanza de la filosofía nos lleva a cuestionar la propia práctica pedagógica. Como docentes nos situamos en un contexto particular: un aula en la cual se relacionan dos roles fundamentales: por una parte, el de quien enseña; y por otra, el de quien aprende. El docente como quien posee el conocimiento que debe transmitir a sus estudiantes, considerados como “receptáculos vacíos”. En ese sentido la educación puede resultar provechosa si contamos con un buen maestro, o un riesgo si es tomado como un instrumento de poder. En definitiva, la educación depende en gran medida de los profesores. La denuncia por la dicotomía generada ha sido puesta sobre la mesa hace ya varios años. Sin embargo, en la práctica cotidiana, ha permanecido el modelo de enseñanza-aprendizaje expuesto, donde el estudiante debe repetir lo que se le ha enseñado y ejerce, de algún modo, un papel pasivo en este proceso. A esto puede sumarse la crisis educativa de nuestro tiempo, en la cual un gran porcentaje no logra

siquiera la comprensión de un simple párrafo¹. Se exige que enseñemos a pensar, a cuestionar, a tener juicio crítico; pero no se plantean metodologías adecuadas para tales propósitos. Cabe preguntarnos ¿en qué consiste la educación? ¿quién debe ejercerla? ¿cómo debe realizarse?

La educación consiste en cultivar el ser. Un despertar de la noche de la ignorancia para hacerse uno con la sabiduría. La filosofía no puede desentenderse de la tarea educadora, le es inherente. Se trata de un amor sapiencial. No es erudición, sino el *sapere* latino que vincula el saber con el saborear². Filosofar es amar la sabiduría que no simplemente conoce, sino que gusta el sabor de lo conocido. Se nutre de él y lo hace experiencia. En las prácticas pedagógicas vigentes no siempre se destaca en los estudiantes el interés en las actividades escolares. Una de las razones es que no se los toma como protagonistas del aprendizaje, no hacen experiencia ni vivencian sus estudios. En otras palabras, no los saborean. El método socrático resulta en estas circunstancias una solución porque “es el arte de enseñar, no ya filosofía, sino a filosofar; no el arte de enseñar sobre los filósofos sino de hacer filósofos a los estudiantes.” (Nelson, 2008, p. 5). Sócrates se valía del diálogo y la pregunta para hacer nacer en los demás el conocimiento. Mediante la

1 Según los datos relevados por PISA en 2022, el 54,5 % de los estudiantes de 15 años evaluados no logra las competencias “para localizar datos, reconocer la idea principal de un texto, comprender relaciones o construir significados a partir de una parte de un texto con información sencilla” (p.109).

2 Se puede consultar esta significación en el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas publicado por la editorial Gredos en 1987.

discusión les hacía transitar el camino y pensar, les preguntaba su opinión, los interpelaba. Los círculos socráticos reivindican la mayéutica para darle voz a los estudiantes: se les otorga la palabra para que piensen por ellos mismos, que discutan sus ideas, escuchen las de los demás, y de manera comunitaria descubran la verdad sobre algún interrogante o temática. Ahora bien, esto no significa que el maestro no desempeñe un papel importante, al contrario. Si algo nos enseñó Sócrates, es que la sabiduría implica reconocer la propia ignorancia. Si todos estamos aquí, es gracias al ejemplo y las enseñanzas de grandes maestros que nos han marcado en nuestro camino. Cada uno de nosotros necesitamos de alguien que nos libere de las cadenas que no nos permiten ver nada más que sombras. La educación en este sentido es liberadora, pero esa libertad es alcanzada por un liberador. Existe una frase muy certera de C. S. Lewis, que dice que “el deber del educador moderno no es desmontar junglas, sino irrigar los desiertos” (2014, p 41). Educar es regar para dar frutos, despertar para ver, guiar para no perderse. Regar, despertar, guiar son actos que implican dar inicio a algo que no realizaremos nosotros mismos. El regador no hizo la planta que riega, pero posibilitó su desarrollo brindándole un poco de agua. En esto consiste la *μαιευτική* [*maieutiké*], el arte de partear, de ayudar a dar a luz. El educador riega y despierta para que sean los educandos los que puedan desplegar sus potencialidades. Recordemos el mito de la caverna narrado en la *República*. El mismo nos deja una enseñanza pedagógica. El esclavo es liberado del mundo sombrío de la caverna, y debe arrastrarse por el suelo, en subida, escabroso, una tarea ardua que demanda bastante

esfuerzo. Pero es necesario que lo atravesase él mismo para reconocer el mundo real y distinguirlo del mundo aparente (Platón, *República*, libro VII). Del mismo modo Sócrates orienta, pregunta, refuta, ironiza, pero jamás brinda la respuesta de manera directa y definitiva.

Lo círculos socráticos, por una parte, tienen como fin que los participantes sean capaces de pensar por sí mismos, que comprendan las ideas, que den un paso más de lo literal, que puedan disentir, pero a la vez reflexionar con los demás, argumentar y aprender desde las propias experiencias vitales sin perder el respeto hacia los otras personas y su pensamiento. Por otra parte, presentan al docente como un guía que colabora en las vías de la comprensión, argumentación, reflexión y crítica. No impone conocimientos, cuestiona y presenta problemáticas que deben resolverse.

¿Qué es un Círculo Socrático?

Si bien en los últimos años se ha realizado un esfuerzo por centrar la clase en los estudiantes, la realidad concreta del aula continúa presentando la clase de manera tradicional con enfoque en la explicación magistral. En este sentido el papel del estudiante es sobre todo pasivo y su rendimiento académico será acorde a la similitud de lo dicho en clase por el docente, el aprendizaje se acota a una simple repetición de lo expuesto. Como consecuencia de esto es frecuente percibir por parte de los alumnos una total falta de interés por asistir a un establecimiento educativo, lo cual se ha vuelto sinónimo de aburrimiento, desinterés y control. Son pocos los casos que

sostienen lo contrario. A partir de este contexto global cabe preguntarse cómo es posible despertar el deseo por aprender y el disfrute del proceso del conocimiento. Como respuesta a esta problemática surge en Estados Unidos una propuesta “innovadora” mediante la *flipped classroom*, metodología que de alguna manera ya se aplicaba en la Grecia antigua. En nuestro país este método ha comenzado a ser tenido en la Facultad Regional Buenos Aires de la Universidad Tecnológica Nacional al inaugurar en octubre de 2019 el Aula Pearson, un estudio de grabación y la sala de reuniones del Centro de Investigación e Innovación Educativa (CIIE) en la sede Campus.

El aula socrática hace del aula invertida un método filosófico de enseñanza que atiende un formato espacial determinado y una estructura específica en torno a los roles de los participantes, a la discusión y a la evaluación. La UNCUYO en las cátedras de “Historia de Filosofía Medieval” y en las “Prácticas Profesionales” de la carrera de Filosofía han comenzado a usar este método. A su vez, existe un proyecto institucional de las Escuelas Pías de Argentina que aplican desde el año 2012 el aula socrática en todos sus niveles educativos (inicial, primario y secundario) de manera rigurosa a causa de los resultados favorables tanto en el rendimiento académico como en el interés de los alumnos por su activo protagonismo. La doctora Virginia Montini encabeza dicho proyecto y sostiene que:

Un círculo socrático es un modo de aprendizaje basado en un diálogo riguroso y colaborativo en torno a un texto valioso. Esta metodología prioriza el logro de tres objetivos: el contacto con el patrimonio cultural, el desarrollo de habilidades

intelectuales y el desarrollo de habilidades sociales (Montini, 2021, p. 11).

El rol del docente consiste en seleccionar un texto valioso que será la materia a discutir y cuestionar. El texto valioso no se reduce meramente a un escrito; puede ser además del capítulo de un libro, un poema, una pintura o hasta una obra musical. Una vez elegido el material debe pensar una pregunta disparadora que genere la discusión. Es decir, una pregunta que no pueda responderse de manera directa y presente un conflicto que lleve a la duda, al planteamiento de otras preguntas, cuestionamientos que los estudiantes puedan resolver en conjunto para descubrir la verdad del asunto que hasta el momento parece oculta.

La experiencia del círculo socrático consta de tres momentos: lectura previa, diálogo socrático y evaluación. Para comenzar con la discusión es necesario que los participantes del círculo -en este caso los estudiantes- lean el texto seleccionado por el profesor, el cual se pondrá al nivel de los estudiantes como un participante más. Es un estudio que demanda una investigación y comentario por parte del participante: subrayar, resaltar, comentar, relacionar, opinar, buscar y anotar. Se busca así poner en actividad el pensamiento, la creatividad, la curiosidad, la inquietud, las dudas y sospechas. El aula socrática exige la confianza en la capacidad de razonar en los niños y jóvenes.

Esto enriquece el segundo momento, porque cada uno presentará lo que ha encontrado, pensado, dando lugar a las diferentes perspectivas. Citando a Montini:

La práctica socrática no hace más que retomar artísticamente lo que se da en toda la vida humana y en toda comunidad de modo natural y espontáneo. Se piensa confrontando con otros y con uno mismo, con las propias ideas (2021, p. 15).

Hablamos de círculo socrático porque los participantes deben sentarse formando una ronda. La forma del círculo visibiliza a todos los participantes sin dejar afuera a ninguno de ellos. Delimita el mundo del diálogo y su pertenencia en el mismo. Lo ideal sería que fueran entre 10 y 15 quienes conformen el círculo. Como en varios casos los cursos tienen más de 15 alumnos, se ha propuesto formar dos círculos, uno dentro de otro. El docente presentará una serie de preguntas (nunca afirmaciones ni negaciones, solamente interrogantes o problemáticas) al círculo interno que brindará la discusión para desentrañar el sentido del texto, mientras que el externo, en silencio, hará la evaluación de los que están dentro. A cada evaluador se le asigna un participante de la discusión. Su tarea es observar a quien tienen enfrente y registrar en una rúbrica su desempeño en diferentes aspectos: los argumentos que presenta, la postura, cómo se dirige a sus compañeros, si lo hace con respeto, si relaciona con otros autores o con la realidad, si pone ejemplos, si no habla, si escucha, etc. Su tarea es analítica y crítica. Al finalizar la discusión, cada evaluador le hace una devolución respetuosa a su compañero y le coloca una nota. El método propone una revisión de la evaluación tradicional. Se pone en práctica: la autoevaluación y la evaluación entre pares. En la misma le aconseja en qué puede mejorar y lo felicita en lo que se destacó. La evaluación consume la

experiencia del diálogo presentando nuevos retos, nuevos desafíos a trabajar a partir de la experiencia colaborativa. Favorece el autoconocimiento en lo intelectual y lo social. La evaluación es integral, no de contenido. Cómo ha sido el filosofar y cómo lo ha socializado con los otros. Luego de la evaluación, el profesor se queda con las grillas y considera la nota final.

El preguntar filosófico

Si bien ese es el itinerario de la práctica, el interés de esta ponencia radica en resaltar cómo el preguntar filosófico renueva las prácticas pedagógicas. Es interesante sobre todo implementarlo en filosofía, se trata de algo que nos pertenece, pues se trata de preguntar ¿Por qué preguntar? Al pensar esto traemos a colación una cita de una persona que, como gran maestro, despertó en varios la vocación por la filosofía, Miguel Verstraete:

El hombre [...] Así, por mero gusto, pre-gunta... derivado del latín *per conto*, que tiene que ver, a su vez, con *contus*; es decir, gancho o pica. Preguntar significa, entonces, avanzar por un ámbito... ir a través de él (*per*) prendiéndose con el gancho o sosteniéndose con la pica. Así, por mero gusto, el filósofo cual alpinista, va escalando pica tras pica, por la escarpada ladera de las cosas y de los hechos, de la vida y del ser. De ese modo, en ese escalar el alpinista va conquistando paso tras paso, pica tras pica, la majestuosidad de la montaña como una conquista sobre sí mismo. [...] Lo que parecía ingenuo y mera curiosidad es, ahora, serio y trágico. Filosofar significa esforzarse en la victoria de sí mismo sobre sí mismo en el dominio de las cosas y de los

hechos [...], en la experiencia vital de la sabiduría. [...] el hombre pregunta y se enfrenta consigo mismo: una lucha interna y se pone en juego la vida misma y el drama del ser” (1993, p. 27).

Con la pregunta se pone en movimiento la actividad del *lógos*. Platón en el *Menón*, expresa un poco esta experiencia: Menón le dice a Sócrates que había oído decir, antes de encontrarlo, que no hacía otra cosa sino plantearse dudas y dificultades que generaban en los demás el replantearse esos mismos cuestionamientos. Dos características de las preguntas planteadas por el maestro de Platón son la “refutación” y la “ironía” (εἰρωνεία [*eironéia*]) para lograr en su interlocutor una *katarsis*: es decir, una purificación mediante el *gnóthi seautón*, ya que no hacerlo implicaría no superar jamás el estado del no-saber. Es necesaria la eliminación de lo supuesto para generar el ejercicio del pensamiento, de modo contrario permaneceremos en la ceguera. Sólo superando la ignorancia se da lugar al saber mediante la mayéutica, que inquieta al alma. Al respecto dice Menon a Sócrates:

Si me permites una broma, te diré que, tanto por tu aspecto cuanto por otros respectos, me pareces muy semejante a ese chato pez marino llamado torpedo. Pues entorpece súbitamente a quien se le acerca y lo toca; y tú me parece que ahora has producido en mí algo semejante. Verdaderamente, se me han entorpecido el alma y la boca, y no sé ya qué responderte (Platón, 1987, p. 299).

“La calidad del aprendizaje que se logra en los círculos

está enraizado en el tipo de preguntas que se hacen” (Montini, 2021, p. 61). En un aula socrática se presentan tres grados de preguntas: 1) de percepción, 2) de abstracción y 3) de expresión y asimilación. Las preguntas de inicio son de Percepción: ¿de qué habla el autor?, ¿qué observamos en la obra?, ¿cuál es la frase clave?, ¿qué otro título podría llevar este texto?, etc. El docente debe participar lo menos posible de la discusión, sólo interviene en un segundo nivel con preguntas de Abstracción para orientar, ordenar y ahondar la discusión. Pero siempre preguntando: ¿están de acuerdo con lo que dice?, ¿podrías dar un ejemplo?, ¿estás diciendo que...?, ¿cuál es la pregunta que tratas de responder?, ¿siempre sucede así?, ¿qué pasaría si...?, ¿hay otras alternativas?, ¿cuál es el otro argumento?, ¿qué consecuencias trae?, ¿por qué habré hecho esa pregunta inicial? Finalmente se propone una última pregunta de cierre o expresión: ¿es verdad lo que plantea el autor?, ¿qué ha llamado más tu atención?, ¿qué enseñanza te deja?, ¿por qué leemos esta obra? etc.

Los niveles de cuestionamiento permiten desplegar diferentes modos de filosofar: preguntar, descubrir, dudar, cuestionar, criticar, sospechar, analizar, comparar perspectivas, enfrentarlas o vincularlas. Todo el desarrollo del aula socrática apunta a la propia vida, por eso es tan importante la pregunta final: ¿cómo se vincula lo teórico con lo práctico, con las propias vivencias? Repensar las propias circunstancias, lo cotidiano, repensar el contexto para poder transformarlo y transformarse.

La verdad en el aula socrática: *alétheia* desde el nosotros

A esta altura podríamos plantear ¿Qué pasa con la verdad? *Quid est veritas?* El círculo socrático demuestra que la verdad no es una propiedad individualista. No se trata de un debate, sino de un diálogo. En este sentido la verdad no se asume de manera dogmática, sino dialécticamente. Es mediante la interpretación comunitaria que se *des-vela*. En este sentido la verdad es entendida como *a-létheia*, donde nadie es dueño de la misma, sino un *des-cubridor* mediante la indagación que hace valer el famoso *sapere aude*.

El filosofar socrático es un συμφιλοσοφεῖν [*symfilosoféin*]: filosofar con... o *cofilosofar*. Es interesante resaltar, que esta práctica original y originaria de la filosofía es tan natural al ser humano que no se reduce a la filosofía griega. Nos es natural nuestro ser social y político. Ya lo decía Aristóteles. Por tal razón podemos afirmar que este carácter comunitario lo encontramos también en las experiencias filosóficas de los pueblos latinoamericanos. Un ejemplo es la filosofía TIK de los tojolabales, donde toda indagación siempre aborda e implica un nosotros³. De tal modo, volver a esta práctica no es para nada una ocasión de enajenamiento, sino todo lo contrario: una vuelta al sí-mismo, a la identidad y a la afirmación del propio ser.

3 Cf. Lenkersdorf, C. (2005) *Filosofar en clave tojolabal*. Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Reflexiones finales

Podemos afirmar que los círculos socráticos resultan una práctica filosófica que además de enriquecedora en todos los aspectos mencionados, puede ampliarse a todas las edades y áreas. Esto es así porque la pregunta es algo que caracteriza al ser humano. Todos desean por naturaleza saber, la filosofía es la actividad que de algún modo nos humaniza. Desde pequeños se nos despierta la curiosidad de los infinitos “por qué”. El método socrático es una práctica que la encontramos tanto en la antigua Grecia, como en los encuentros amicales de Agustín de Hipona en Casiciaco, como también a veces en el kiosco de la esquina. Comprende a la verdad como *a-letheia*. La verdad en este sentido no se reduce a una perspectiva que busca imponerse sobre otras. Si no que se *des-cubre* comunitariamente, en el encuentro dialógico no sólo con los demás participantes, sino también con los grandes pensadores. Nos pone en contacto con obras valiosas, y supera el uso de manuales y adaptaciones. Se da la oportunidad de no despreciar las capacidades intelectuales de los educandos, quienes por cierto manifiestan un entusiasmo a la hora aprender con un aula socrática. Me gustaría cerrar con una anécdota: en una ocasión a mis alumnos de 14 años les hice estudiar una de las bucólicas de Virgilio. Sí, leyeron a Virgilio con 14 años. Cuando llegó la hora del seminario socrático, a medida que ingresaban al aula no dejaban de decirme asustados, preocupados: “profe, es redifícil”, “no entendí nada”, “nos va a ir remal”. Reparemos: alma inquieta; reconocimiento de su ignorancia. Tranquilos van a ver que lo van a trabajar bien. Lo interesante se dio

después. Yo sólo pregunté y fue impresionante cómo pensando el texto, discutiendo los diferentes puntos de vista, llegaron a las conclusiones generales que los expertos tenían sobre esa égloga. Es muy gratificante para un docente ver esa alegría, es mueca en la sonrisa que se le escapa al alumno cuando entiende y celebra una conquista. Terminó con las palabras que una alumna me dijo a principio de año: “Profe, esto algo nuevo, nos está haciendo pensar”.

Referencias

- Aristóteles (1994). *Metafísica*. Editorial Gredos.
- Corominas, J. (1987) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial Gredos.
- Lenkersdorf, C. (2005) *Filosofar en clave tojolabal*. Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Lewis, C. S. (2014) *La abolición del hombre*. Editorial Vórtice
- Ministerio de Educación de la Nación (2023) *Argentina en PISA digital 2022: informe de resultados* | 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Libro digital, PDF disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/argentina_en_pisa_digital_2022_vf.pdf
- Montini, V. (2021) *Sócrates en el aula. Cómo renovar las prácticas pedagógicas con Círculos Socráticos*. Escuelas Pías de Argentina.
- Platón (1987). *Menón* en *Diálogos II*. Editorial Gredos.
- Platón (1992). *Diálogos. República*. Editorial Gredos.
- Verstraete, M. (1993) *Descubrimiento del alma. Reflexiones sobre el itinerario del espíritu en busca de su plenitud*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo.